

GÁNDARA, A. (1998): *Las primeras palabras de la creación* (Barcelona, Anagrama).

XXVI Premio Anagrama de Ensayo, así lo apostilla, «Ensayo», el autor, en su primera línea: «¿Es posible leer literariamente la Biblia? ¿Merece la pena? Este ensayo no pretende responder a ninguna de las dos preguntas (...)». En concreto, propone una averiguación sobre el Relato de los siete días de la creación con que da comienzo el Génesis... Así se expresa A. Gándara, quien añade que «leer es dar sentido y también sentir».

Verdaderamente, bajo la cobertura de un «ensayo», el autor hace una auténtica búsqueda semántico-filológica de los componentes del «Discurso creacionista», tal como aparece en el Relato, y más allá de la interpretación, es decir, quedándose en el texto en su literalidad: volver a sentir por encima de los análisis que convierten el texto leído en un texto usado. La lectura, prescindiendo de otras interpretaciones, es ponerse en el lugar de la escritura, «es un acto empático con la creación que trata de rehacer el mismo curso que han seguido las palabras: desde que no lo eran hasta que han llegado a serlo».

Difícil es explicar con alguna cita textual la riqueza de interpretación que hace A. Gándara, resituando el texto en su origen literal, lejos de los paradigmas que en un momento dado del proceso histórico de conocimiento, le han colocado, no sabiendo más (de ello), sino sabiendo distinto... Y para fines distintos, apostilla Gándara. Difícil condensar el cúmulo de relaciones, tanto filológicas como filosófico-lingüísticas que este autor desvela al leer las primeras palabras del relato de la Creación, pues la creación es obra de la palabra, de la narración, del dar nombre y dar testimonio. (Eso hace Adán, da nombre a lo creado, y de este modo «crea» la primera creación de Dios. Pero es Yahvéh quien le hace partícipe de tal tarea y le asocia al acto creador, al acto de conocimiento. La idea de todo el paréntesis es nuestra).

Y el Saddy (Señor) necesita contar lo que está haciendo como lo relata el narrador: Dijo, Dios: «Haya luz», y hubo luz. Vió Dios que la luz estaba bien, y

apartó Dios a la luz de la oscuridad; y llamó Dios a la luz día y a la oscuridad noche (Génesis, 1, 3-5).

Intentar plasmar en el breve objetivo de información de la recensión de esta obra, lo que el ensayo transmite, es un imposible que remite a la paradoja Barthesiana «*du plaisir du texte*» como placer individual, asocial, es decir, no comunicable ni transferible. «Merecería la pena», leer literalmente este texto, «si volvemos a sentir el sentido». Como Gándara dice (refiriéndose a la Biblia), «este libro es la historia de una lectura, de un regreso a las palabras y también de un deseo de agarrarlas también». Así nos parece a nosotros el diagnóstico de este ensayo. Y así deberíamos terminar... Sin embargo, es su método implícito (eminentemente filológico-comparativo) lo que nos obliga a desvelar lo que subyace de didáctico y orgánicamente metodológico en este ensayo: su intrínseca comparatividad. Baste ver el recurso que el propio autor hace de la comparabilidad entre fuentes orales, narradores, redactores, copistas,... que aparecen en el texto bíblico para poder abordarlo como comparación. Así subyace en el capítulo titulado «La Leyenda de los narradores».

A mayor ambigüedad, los textos serán tratados según un supuesto arbitrio equidistante de los logros del relato, ya se trate del Yahvista, del Sacerdotal o del Elohista, reconociendo relatos distintos y comparación intrínseca. Va más lejos el autor en su afán de yuxtaponer estos tipos de relatos cuando pone de manifiesto, por ejemplo, el encuentro entre el relato yahvista y sacerdotal en el episodio del diluvio (Génesis, 6, 5 y ss.) o con Moisés (Éxodo, 3) en el cruce entre el relato yahvista y el elohista.

«En el principio», antes del tiempo atemporal, como nos tienen acostumbrados, es al pie de la letra un espacio infinitesimal de un comienzo, desde un momento, con un inicio antes de otras cosas. Es más un *enkefalé* (en la cabeza, in capite, a la cabeza de algo que va a seguir,...), que un principio de un tiempo inexistente. Es un «encabezamiento», un «*entête*» como el rabino judeo-francés Chorraqui gusta señalar. Ese antes del tiempo, con el verbo «*bará*» (crear) y todo lo que sigue, con la idea de caos, son tantos conceptos que el autor va a ir comparando en el texto con los textos ya interpretados del relato literal. El caos, el «*tohu bohu*» y su traducción en la Biblia de Ferrara (judeo-ladina) por «la tierra era vana y vacía», no tiene nada que ver con el «*Kaos* griego», ni con el «caos estructural del mundo occidental actual», cuando las cosas no están «operando»

en el sitio adecuado, en el momento dictado. La comparación implícita sigue devolviendo al texto primigenio el sentido y sentimiento del escritor primero. Esta es la labor metodológica de este texto-ensayo: las primeras palabras de la creación, las que crean porque el autor (sacerdotal, elohista o yahvista) así lo creyó y Alejandro Gándara quiere sentirlo como lector, en vez de interpretarlo: quiere unir lectura con el momento de la escritura. Lo que ya no está tan claro si consigue meter a sus lectores en el sentimiento que da sentido a su escritura... y después de tanta comparación implícita con el original, con el texto literal, no ha hecho más que una «traducción» (ha traído un nuevo significado, interpretando) y ya se sabe que el que traduce siempre traiciona: nuevos elementos para la comparación intrínseca.

Ángel González Hernández
Universidad de Murcia